

INDOCUMENTADAS

Johnny Shaw

Traducción: Carmen Bordeu

MÖTUS

CAPÍTULO 1

EL LOCO DEL AUTOBÚS ODIABA a los mexicanos. No había parado de gritar las mismas estupideces desde el momento en que se subió en el boulevard Whittier.

Desde que llegó a Los Ángeles años atrás, Luz Delgado había oído todos los apelativos con que los estadounidenses se refieren a los mexicanos, tanto a la cara como por detrás. Los apelativos ya no le molestaban, pero los gritos de aquel hombre interferían con su siesta. Ese pinche chiflado podía llamarla como quisiera, siempre y cuando no levantara la voz. Luz contaba con esos veinte minutos de sueño en el trayecto a su trabajo. Había sido una ilusión pensar que podría disfrutar de ese lujo.

Ese hombre le recordaba a Héctor Dávila, de su pueblo. Tía Ramona bromeaba diciendo que a Héctor su padre lo había golpeado tantas veces que le había dejado la cabeza blanda como una esponja. Héctor se pasaba las mañanas gritando a los perros de la calle y el resto del día tratando de encontrar a esos mismos perros para disculparse. Era inofensivo, pero su tono más suave era como el alarido que lanza un hombre al caerse.

Luz estaba enfadada, pero no podía enfadarse demasiado

con un pobre tipo que apestaba a alcohol agrio y a mierda. Con el cabello revuelto y enredado y la barba descuidada, ese hombre era un animal herido, doblegado por su entorno, sus circunstancias y su propia mente. Vivía en una realidad que solo él comprendía, reconstruida a partir de voces, tanto reales como imaginarias.

En la realidad de este loco, los mexicanos estaban destruyendo los Estados Unidos. Él era un patriota y ellos eran invasores. La palabra *flagelo* fue pronunciada más de una vez. El problema eran los mexicanos. Todo tipo de mexicanos. El loco odiaba a los mexicanos de Guatemala, los mexicanos de El Salvador, los mexicanos de Colombia, incluso a los mexicanos de Puerto Rico. Pero sobre todo odiaba a los mexicanos de México.

Luz evitó el contacto visual y observó a aquel hombre reflejado en el espejo grande y redondo en la parte delantera del autobús. Cuando él miró en su dirección, ella desvió los ojos enseguida. Toleraba el espectáculo, pero no quería que la arrastraran al escenario.

El resto de los pasajeros, mexicanos, centroamericanos y afroamericanos, utilizaban tácticas similares. Las puntas de los zapatos, los grafitis que cubrían los anuncios publicitarios del autobús y el resplandor crepuscular sobre Los Ángeles al otro lado de la ventana se volvieron fascinantes. Los ojos se enfocaban en cualquier lado menos en aquel hombre vociferante.

Eliseo, el hijo de diecisiete años de Luz, era la excepción. Los jóvenes vivían sin precaución ni buen juicio. Eliseo estaba sentado con las piernas estiradas en el pasillo y miraba directamente al hombre. Se inclinaba hacia delante, tenso como un muelle.

Luz apoyó una mano en el brazo de su hijo.

—No hagas nada. No te busques problemas.

Eliseo se quitó de encima la mano de su madre sin responder ni apartar la vista.

—Está mal de la cabeza —agregó Luz.

Molesto por la falta de atención de su público cautivo, el loco elevó la voz de manera penetrante:

—Ustedes vienen a los Estados Unidos. ¡A mis Estados Unidos! El mejor país del mundo. Traen sus drogas. Y sus pandillas. Y sus crímenes. Nos roban nuestros trabajos y nuestras mujeres. Cobran la asistencia social y los cupones de comida y votan ilegalmente a los demócratas. Son vagos.

Sin poder evitarlo, Luz dejó escapar una risita. La idea de dar un sermón sobre la pereza a un grupo de personas que se dirigían al trabajo a las cinco de la madrugada le pareció graciosa. Sin mirar, supo que el hombre se había vuelto hacia ella.

—Son las malas hierbas del jardín —continuó y alzó más la voz—. Son feos. Estrangulan las raíces nativas. Usan nuestros preciosos recursos. Son indeseables. Deben ser eliminados antes de que destruyan nuestra belleza natural.

Eliseo se puso de pie en el pasillo y señaló al hombre.

—Cállate.

—Eliseo —siseó Luz alargando una mano hacia él.

—Me da dolor de cabeza —respondió Eliseo.

—No habla español —dijo su madre—. Está loco de remate.

El loco miró a Eliseo de arriba abajo. Trastabilló un poco, pero se mantuvo erguido en el autobús en movimiento. Un capitán de navío trastornado, solo y golpeado por la furibunda tormenta.

—¡Cállate! —gritó el joven, con acento marcado y palabras inseguras. Era una de las pocas palabras en inglés que había aprendido.

La conductora del autobús giró en su asiento y lo miró.

—Señor, necesito que se siente.

—¿Qué dijo? —preguntó Eliseo a Luz.

—Que tienes que sentarte. Estás causando problemas.

—¿Y qué pasa con él? —dijo Eliseo.

—Estar loco tiene sus privilegios.

—Señor, necesito que se siente —repitió la conductora—. Ahora mismo.

—No pasa nada —respondió Luz—. Es joven. No tiene paciencia.

—¿Qué le dijiste? —quiso saber el muchacho—. Dile que la gente viaja de pie todo el tiempo en los autobuses. No tengo por qué sentarme.

El loco se unió a la conversación. Tenía la cara enrojecida. Le sobresalían las venas de la frente. En un intento por volver a ser el centro de atención, soltó una fuerte e insistente andanada de sonidos incomprensibles. Sonó como si estuviera diciendo “magamagamaga”.

—Ya me cansé. —La conductora acercó el vehículo a la acera—. Es demasiado temprano para esta mierda. Voy a llamar a la policía.

Los demás pasajeros gimieron todos a la vez. Cuando el vehículo se detuvo y se abrieron las puertas, todos se levantaron de sus asientos y recogieron sus pertenencias. No hubo protestas en voz alta. Tan solo determinación. Menearon la cabeza y hablaron en voz baja mientras miraban enfadados en dirección a Luz y Eliseo. Hasta el loco se fue. El espectáculo de hoy había llegado a su fin.

—Vamos —dijo Luz a Eliseo—. A menos que quieras hablar con la policía.

—La policía no me asusta.

—Vaya macho.

—Esto no ha terminado.

—¿Qué va a pasar a continuación? —preguntó Luz—. ¿Cómo termina esto?

—No lo sé.

—Te lo diré yo. Termina conmigo yendo a pie al trabajo y rezando para no llegar tarde. Termina contigo en el paso bajo nivel con la esperanza de encontrar un empleo hoy.

—Debí haberme quedado en México.

Luz y Eliseo caminaron los dos kilómetros y medio en silencio. Cuando llegaron al hotel donde Luz hacía tareas de limpieza, Eliseo no aminoró el paso ni se despidió.

Siete años separados había sido demasiado tiempo. Luz no lograba reconectar con su hijo. No conocía a Eliseo y él no tenía interés en conocerla.

Luz tomó una última bocanada de aire fresco matinal, rodeó el edificio hasta la entrada para empleados y entró a trabajar.

CAPÍTULO 2

NADIA COLOCÓ EL LADRILLO SOBRE la argamasa húmeda, lo golpeó con el mango de la pala, retiró el excedente y repitió la operación. Ladrillo por ladrillo. Uno por uno. A la larga, los ladrillos formarían una pared.

Al principio le resultó difícil conseguir trabajo como albañil. Hizo falta un día de mucho calor, poca concurrencia de trabajadores y la recomendación de Miguel Hernández para que el contratista accediera a contratar a una mujer. No había sido un acto de caridad. Nadia no se sorprendió cuando Hernández le exigió que le devolviera el favor tomando una copa con él en su apartamento. Cuando se negó, la llamó tortillera y amagó con ponerse violento.

Después de ese día, no volvió a necesitar su recomendación. Los otros albañiles la habían visto trabajar con la misma velocidad y resistencia que ellos, aunque no siempre con la misma sutileza. Su ética de trabajo y su habilidad le habían valido el respeto suficiente para tener más trabajo al día siguiente. En los meses posteriores fue adquiriendo seguridad y práctica, y sus movimientos se tornaron más fluidos. Había recuperado una habilidad adormecida de la juventud, perdida temporalmente pero arraigada en la memoria muscular.

El padre de Nadia había sido albañil. De niña, lo observaba hacer el mismo movimiento durante horas. La gracia de un bailarín en las manos callosas de un obrero. Nadia había heredado su habilidad y su paciencia.

Fue ayudante suya, pero en Culiacán nadie quería contratar a una mujer albañil. Parecía extraño recordar ahora la profunda decepción que sintió a los quince años cuando se dio cuenta de que nunca trabajaría codo con codo con su padre.

Hasta los sueños más simples podían hacerse añicos.

Nadia tuvo suficiente ambición juvenil para emprender un camino nuevo lejos del oficio familiar. Un camino que la condujo a la oportunidad y la felicidad, luego a la tragedia y, por fin, al futuro que había deseado cuando era adolescente. Su sueño de la infancia se hizo realidad cuando ya no le importaba. Esa ironía no le resultaba divertida.

Era precavida con sus recuerdos. Su juventud seguía siendo un territorio amigable que no temía desenterrar. El pasado lejano habitaba sano y salvo en fotografías descoloridas y en una nostalgia casi olvidada. Era un animal sin dientes, benigno y fiable. A diferencia del pasado más reciente, que se ocultaba en su guarida: un monstruo que podía devorarla entera.

En los días en que no bebía hasta el anochecer, su supervivencia dependía de las acciones repetidas y de la rutina. Día tras día. Momento tras momento. Ladrillo tras ladrillo. Mientras los ladrillos formaban lentamente una pared.

—De acuerdo, *Pacos*. Y *Pac-a* —vociferó Dan Schauer—. *Finito*. Terminado. Eso es todo. No más. Se acabó. Todo listo.

A Nadia le entraron ganas de decirle que su *espanglish* y su espantosa pronunciación solo servían para empeorar su comunicación, pero todos entendieron el mensaje. La jornada de trabajo había concluido.

Schauer se paseó por la obra en construcción e inspeccionó

la pared con un dramatismo exagerado. A Nadia no la habría sorprendido verlo deslizar un dedo a lo largo de los ladrillos y ver a qué sabían. Todo un espectáculo montado para la clienta que miraba desde la ventana de la cocina. Aquella mujer tenía la edad de Nadia, por lo menos cuarenta años, pese a todos sus intentos por detener el tiempo con cirugía plástica, y se había pasado el día caminando entre los obreros. Parecía llevar puesto solamente un biquini.

Cuando Nadia intentó enderezarse, se le agarrotó la espalda. Se puso en cuclillas hasta que el calambre cedió. Sus articulaciones crujieron. Las ampollas de sus manos se habían endurecido y sus huesos acusaban el impacto de las doce horas de trabajo. Su ego insistía en que podía hacer las actividades físicas que había hecho en su juventud, pero la realidad tenía una manera de pulverizar lo ilusorio.

—Recojan las herramientas. Dense prisa. Quiero irme a casa. El martes es martes de tacos en mi casa. Aunque supongo que para ustedes todos los martes son martes de tacos.

Los hombres, moviéndose con más lentitud que al principio del día, recogieron el equipo. Nadia encontró herramientas tiradas en el perímetro y las colocó en la carretilla más limpia. Trabajaron todos juntos, eficientes y experimentados. Se oyeron algunas bromas y risas, pero poco entusiastas: había sido un día agotador.

—Los que necesiten que los lleve de vuelta al terreno...
—Schauer hizo como si girara un volante—. Los espero junto a mi camioneta. El camión. Voy a cagar, y después les pago.
Dinero después caca.

Nadia fue hasta la camioneta y se colocó en la fila detrás de Roberto Arce. Detrás de ella se ubicó un chico joven. Pasados unos minutos, Schauer salió del retrete químico haciendo grandes gestos sobre lo mal que olía y moviendo una mano cerca de su trasero. En la camioneta, sacó un fajo de dinero de su bolsillo delantero, contó sesenta dólares y se los entregó a Roberto.

Roberto miró los tres billetes de veinte durante un momento y los frotó para ver si estaban pegados.

—¿Todo bien? —preguntó Schauer—. *¿Algún problema?*

Roberto lo pensó un momento, negó con la cabeza, se guardó el dinero en el bolsillo y se subió a la parte trasera de la camioneta.

—Nos está jodiendo —comentó el joven que estaba detrás de Nadia—. Dijo ochenta.

—Si quieres trabajar mañana —respondió Nadia volviéndose hacia el muchacho—, toma el dinero y mantén la boca cerrada.

—No es justo. No puede hacer eso.

—Sí puede —replicó ella.

El muchacho tenía razón sobre el dinero. Schauer había prometido ochenta dólares. Sin embargo, Nadia no sabía de qué se quejaba el chico. Era la persona más perezosa que había conocido. Solo trabajaba cuando Schauer estaba cerca y siempre elegía las tareas más fáciles. Cuando ella tomó el descanso de la tarde, lo vio entrar en la casa con la mujer del biquini. Tenía suerte de que le pagaran.

Nadia no veía la diferencia entre sesenta y ochenta dólares. No tenía sentido decir nada, no más que quejarse con alguien que te daba nueve bofetadas en el rostro después de haber prometido que serían diez. La vida en México no era justa. Nadia no esperaba encontrar justicia solo con cruzar una frontera.

Cuando le tocó el turno, Schauer contó cuarenta dólares.

—Debería pagarte menos. Es una obra de caridad dejar que una mujer trabaje para mí.

Nadia sonrió y actuó como si no comprendiera. Extendió la mano para recibir el resto del dinero.

—Era una broma. Soy un hombre justo. —Colocó un tercer billete de veinte encima de los otros dos.

Nadia se volvió hacia el chico y meneó la cabeza. Sabía que el joven ignoraría su advertencia.

Schauer entregó tres billetes de veinte al muchacho.

—Veinte más —chapurreó en inglés—. Usted dijo ochenta.

—Me entendiste mal, *Paco* —respondió Schauer—. La barrera del idioma.

—Veinte dólares.

Schauer miró el dinero, rio para sí y se volvió. Todavía reía cuando se subió a la camioneta. El joven estaba enfurecido, pero no hizo nada más.

—Anda, chico —lo instó Nadia inclinándose fuera de la caja de la camioneta para ofrecerle la mano.

El joven se alejó. Aunque ya no albergaba la misma pasión, Nadia reconoció el gesto de repulsión y rabia en su rostro.

CAPÍTULO 3

LOS DEDOS DE OSTELINDA INTENTABAN frenéticamente volver a enhebrar la aguja de la máquina de coser. Lo había hecho miles de veces y, sin embargo, las manos le temblaban de manera descontrolada. Imaginaba la reacción de la señora Moreland si no lograba hacer su trabajo con la rapidez suficiente. La señora no solía levantar la voz, pero sus insultos dolían más que una bofetada. Sus amenazas le provocaban pesadillas. El corazón de Ostelinda se aceleró al imaginarlo.

Cuando consiguió enhebrar la aguja, recorrió con la mirada el tercer piso de la fábrica para ver si alguien había advertido su dificultad. La señora Moreland estaba demasiado ocupada reprendiendo a una de las guatemaltecas como para darse cuenta. Si quería cumplir su cuota diaria, tendría que trabajar el doble de rápido para coser los forros de las chaquetas de los trajes de imitación. Si no se tomaba el descanso para ir al baño, podría terminarlos para el final del día.

No importaba. La señora Moreland encontraría un motivo para llamarla inútil o estúpida o patética. Siempre lo hacía. En los peores días, la atormentaba y provocaba tanto que Ostelinda terminaba creyendo los insultos. Se convencía de que todo era culpa de ella. El maltrato la hacía dudar de sí misma.

Ostelinda había creído que en Estados Unidos las cosas serían diferentes. Si hubiera querido un trabajo insignificante y sin futuro, se habría quedado en Coatepec y se habría casado con uno de los campesinos más guapos. Pero quería más, anhelaba la aventura y conoció a personas que le hicieron muchas promesas de una vida nueva. Ninguna resultó cierta.

El hombre con quien su primo Pocho la puso en contacto había llegado al pueblo con los evangélicos. Predicaban el amor y la aceptación. Repartían biblias. Daban de comer a los pobres que vivían junto al río. Era un hombre amable, siempre sonriente. Les dijo a Ostelinda y a Maite que el viaje al norte les llevaría una semana. Que no era necesario pagar por adelantado. Cuando llegaran a los Estados Unidos, tendrían un empleo en una fábrica. Trabajarían hasta reembolsar por completo el costo del viaje. El arreglo parecía justo.

El viaje no duró una semana sino cuatro meses. Ostelinda odiaba la pequeña casa situada en las afueras de Mexicali donde se alojaron antes de cruzar la frontera. Treinta personas en dos habitaciones pequeñas y un baño. Casi no había espacio en el suelo para que durmieran todos. No les permitían salir de la casa ni prepararse ellos mismos la comida. Les daban frijoles y tortillas, y a veces carne. Hacía tanto calor que a Ostelinda le parecía estar cociéndose por dentro. El agua del grifo era de color café y sabía a tierra. Todas las noches, Ostelinda se defendía de las manos de los hombres.

Sin Maite, no sabía si habría sobrevivido. Una lucha era siempre más soportable cuando se libraba junto a una amiga. Se daban fuerzas la una a la otra.

Tras pasar varias semanas en Mexicali, los coyotes anunciaron que era hora de que todo el grupo emprendiera el viaje hacia el norte. Ostelinda casi no tuvo tiempo de recoger sus cosas antes de verse arreada con los demás al interior de un camión.

El camión no los llevó a los Estados Unidos. Los llevó a un desierto estéril. Allí, cada viajero recibió cuatro litros y medio de agua y la instrucción de caminar. Ostelinda nunca había padecido un calor semejante. Para el final del primer día, Maite y ella ya se habían bebido toda el agua. No sabía cuánto tiempo caminarían. Cuando la boca se le secaba tanto que se ahogaba, permitía que un hombre le tocara los pechos por encima de la ropa interior a cambio de un trago de agua. Incluso estando al borde de la muerte, los hombres no podían resistirse a esos impulsos.

En un momento dado, pasó la Migra con sus motocicletas de tres ruedas. El grupo se apiñó en un área pequeña de matorrales. Ostelinda y Maite se abrazaron, esperando a ser atrapadas. Lloraron juntas, heridas y asustadas. Los coyotes les habían advertido que la Migra violaba a las mujeres jóvenes. Cuando las motocicletas se convirtieron en polvo a lo lejos, el viaje continuó. Caminaron seis horas más, hasta un camino que atravesaba el terreno compactado. Otro camión los esperaba allí. El coyote los hizo subir a gritos. No todas las personas que habían iniciado el viaje lograron terminarlo.

En la parte trasera del camión hacían cinco grados más de calor que en el desierto. Las personas se sentían mal, vomitaban y se desmayaban. No había espacio para moverse.

Al cabo de diez o quince horas, Ostelinda y Maite fueron trasladadas a otra casa. Esta era más grande. Solo ocho mujeres se quedaron allí. Tampoco podían salir ni mirar por las ventanas de la fachada principal, pero se les permitía que se hicieran ellas mismas la comida. Una vez al día, podían salir al patio trasero.

Le dijeron que estaban en Yuma.

Un último trayecto en la parte trasera de una autocaravana los llevó hasta su destino actual. Al volante iban dos ancianos blancos. El coyote les había garantizado que la Migra nunca paraba a los ancianos de piel blanca. Era la única verdad que

les había dicho. Atravesaron el control fronterizo sin reducir la velocidad.

Ostelinda, Maite y dos guatemaltecas llegaron a la fábrica de Los Ángeles en mitad de la noche. Las guatemaltecas hablaban en quiché entre ellas, solo sabían cincuenta palabras en español y nada de inglés. Se comunicaban con movimientos de cabeza, sonrisas y gestos con las manos. Incluso después de un año, Ostelinda seguía sin saber cómo se llamaban.

La señora Moreland estableció las reglas. Era una mujer blanca, alta y delgada, que le recordaba a la bruja de *El Mago de Oz*. Les habló en español fluido para explicarles de nuevo que trabajarían en la fábrica para saldar sus deudas. No le dijo a Ostelinda cuánto iba a ganar ni cuánto tiempo le llevaría pagar su deuda. Ni siquiera le dijo cuánto debía. Solo que tenía que trabajar y que podría marcharse cuando la deuda estuviera saldada.

Ostelinda preguntó si podía salir a la calle. La señora Moreland le advirtió que en Los Ángeles la gente de inmigración estaba en todas partes. Los agentes patrullaban las calles de manera regular y los puestos de control de toda la ciudad estaban atentos a cualquiera que pareciera latino. Los funcionarios de inmigración solían ser violentos y se salían siempre con la suya, porque los inmigrantes no tenían derechos. Ostelinda sabía que su presencia en el país era ilegal, pero no tenía idea de que fuera tan peligrosa.

Tres almacenes adyacentes que había en el tercer piso de la fábrica habían sido convertidos en vivienda para las trabajadoras permanentes. Tres o cuatro mujeres en cada uno. Unas delgadas colchonetas de gomaespuma hacían las veces de colchones. Había otras trabajadoras en el segundo piso, pero se iban a sus casas al final de la jornada. Las mujeres del tercer piso no tenían permitido hablar con ellas. La señora Moreland les explicó que hacerlo era una forma segura de que las deportasen. Se habían ofrecido recompensas sustanciales a los

ciudadanos a cambio de información que condujera a detener trabajadores indocumentados. La señora Moreland asumía grandes riesgos en nombre de ellas. Lo menos que Ostelinda podía hacer era cumplir las reglas.

Después de seis meses, Ostelinda preguntó cuándo terminaría de pagar su deuda. La señora Moreland se limitó a responderle: “Comes tanto que hemos tenido que añadir el costo de la comida. Pensábamos que ibas a trabajar mejor. Hasta los ilegales tienen que pagar impuestos”. Era puro teatro. Sabía que la señora Moreland no quería decirle la verdad: “Nunca recibirás una paga. Jamás te irás. Eres una esclava y me perteneces”.

La señora Moreland se detuvo detrás de Ostelinda y tomó una chaqueta ya terminada. A Ostelinda le temblaron las manos mientras continuaba su trabajo. La señora Moreland dio un golpecito con el dedo a una costura y emitió un sonido de desagrado, pero no dijo nada. Dejó la chaqueta encima del montón de ropa y fue hasta el puesto de Maite.

Ostelinda exhaló, pero le dolían el pecho y el estómago. Antes rezaba a Dios para que la rescatara. Para que enviara a alguien a rescatarla. Nunca obtuvo una respuesta, así que había abandonado la idea. Trataba de entender qué había hecho en sus diecisiete años en la Tierra para merecer esta vida.